

APROXIMÁNDONOS AL ODRE DE DIOS

© Aproximándonos al odre de Dios

Arcadio Sierra Díaz

Bogotá D.C., 2009

Publicaciones Cristianas

Tel. (091) 2040403

E-mail: arcamarina@hotmail.com

Bogotá D. C., Colombia

APROXIMÁNDONOS
AL
ODRE DE DIOS

ARCADIO SIERRA DÍAZ

CONTENIDO

| | |
|---|----|
| Introducción | 7 |
| 1. Cristo, el vino nuevo; la Iglesia, el odre nuevo | 9 |
| 2. Edificando el odre | 29 |
| 3. Gerizim - Trasfondo histórico de una religión | 49 |
| 4. El odre viejo desechado | 69 |
| 5. El odre de Dios en la historia de la iglesia | 85 |

INTRODUCCIÓN

La encarnación del Verbo de Dios y su vivir humano se dio en un momento histórico en que la nación de Israel hacía tiempo que había perdido su identidad, e imperaba el poderío romano sobre su territorio fraccionado en provincias y tetrarquías que quedaron a la muerte de Herodes el Grande, gobernadas por títeres y fichas del Imperio, como lo narra Lucas en su evangelio: “¹En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia, ²y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás” (Lc. 3:1-2a).

Por otro lado, la situación moral y la corrupción que campeaba en el pueblo judío no podía ser peor; había una terrible y profunda crisis de todos los valores en un pueblo que se decía ser el interlocutor y testigo sobre la tierra del único Dios verdadero; pero ese depósito y ese llamado de Dios a su pueblo escogido había degenerado en una perversa y cerrada estructura religiosa que se había olvidado de Dios de tal manera, que la persona, el mensaje y el testimonio del Señor Jesús fue rechazado de forma absoluta por ese sistema religioso político de su nación y sus ciegos dirigentes; por tanto, en el marco del enfrentamiento con los administradores de la viña, el Señor usó parábolas como la del vino nuevo en los odres y la del remiendo nuevo en vestido viejo, las cuales tienen el mismo significado, y que cualquier judío de su época podía comprender.

Los odres eran vasijas de un cuero entero de cabra, o de oveja, u otro animal, que se usaban para contener líquidos, como agua, miel, aceite, vino, leche y otras sustancias. Eran fabricados con piel curtida, cosida y pegada de estos animales, e impermeabilizados con jarabe de dátiles. Se requería un proceso más completo de curtido de las pieles en las destinadas a fabricar los odres utilizados para aceite y vino. Generalmente, el cuero se curtía con corteza de acacia; luego se secaba al humo. Era el recipiente más generalizado en la antigüedad.

¿Por qué usa el Señor estas figuras del vino nuevo, y odres viejos y nuevos? Un odre si no se frota con aceite de oliva frecuentemente, se va secando y se va envejeciendo; el aceite es la presencia y la

unción del Espíritu Santo obrando para que la obra de Cristo sea realizada en el hombre nuevo, que es la iglesia de Cristo. Entonces los odres viejos son comparables a esos sistemas religiosos anquilosados con el tradicionalismo, con los ritos y creencias ancestrales, con las herencias ritualistas vacías de contenido espiritual.

Al ser rechazado Cristo por su pueblo, el pueblo del pacto, ellos no recibieron la unción del Espíritu Santo, y no lo reconocieron como el Mesías (cfr. Juan 1:11), y ese odre envejecido, todo el sistema religioso judío, no pudo ser depositario del vino nuevo que trajo Jesús, en especial esa élite sacerdotal que se opuso al Señor, sobre todo los fariseos y saduceos que siguieron siendo odres viejos, resecos y malolientes.

Eran tan ciegos, que llegaron aun a cuestionar el nacimiento sobrenatural del Señor (cfr. Mateo 13:55); llegando incluso a dar a entender que era hijo ilegítimo (cfr. Juan 8:41).

Pero bueno, rechazaron al Dios de la gloria encarnado en Jesús; pero Él vino a hacer la obra que el Padre le había encomendado. Murió por todos los hombre, pero sólo una tercera parte de la humanidad al final creará en Él. Con esa tercera parte de los hombres sacados de todas las etnias de la tierra, Él está edificando su casa. Él ahora no sacrificó a una cabra para hacer el odre nuevo con su piel; ahora Él mismo se dio en sacrificio, y dio su vida por nosotros para crear un odre nuevo, un odre vivo, un odre no configurado con las motivaciones religiosas del mundo, sino con la vida misma del Señor dentro de nosotros. É es el vino nuevo que está llenando su odre vivo y nuevo.

Arcadio Sierra Díaz

Bogotá D.C., marzo 31 de 2009.

Capítulo 1

CRISTO, EL VINO NUEVO LA IGLESIA, EL ODRE NUEVO

El escenario adecuado

Al considerar el momento coyuntural que estamos viviendo en la Iglesia, tal vez muchos de nosotros pudiéramos pensar que lo que vamos a tratar en esta hora es un asunto trillado; pero trillado o no, es la carga que el Señor ha puesto en mi corazón para que la comparta con mis hermanos. Este asunto lo registran los tres evangelios sinópticos, así: Mateo 9:9-17; Marcos 2:13-22, y Lucas 5:27-39. Como siempre se da en estos pasajes paralelos, cada evangelista nos trae ciertos aspectos textuales particulares enriquecedores.

Al aproximarnos a este tema, vemos que aparentemente quiere resaltar el llamado de Leví (Mateo) y un interrogante sobre el ayuno, pero yo veo que esto es sólo el ropaje de algo más trascendental y profundo, que se enraíza en las profundidades de la historia de la Iglesia y en los vericuetos aun del judaísmo. Por eso en este corto tiempo apenas nos alcanzaría para trazar apenas un bosquejo introductorio, un tímido acercamiento, un asomarnos a un inmenso horizonte religioso que se extiende a lo largo de la historia hasta la venida del Señor.

En Mateo 9:9 el escenario es el llamado del Señor a Mateo, pero eso nos aclara la motivación del Señor al hablar de lo que concierne al vino nuevo y al odre nuevo, frente al vino viejo en el odre viejo. El contexto en Mateo dice:

“⁹Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme.

Y se levantó y le siguió. ¹⁰Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. ¹¹Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? ¹²Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. ¹³Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento. ¹⁴Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? ¹⁵Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán! (Mt. 9:9-15).

Los que necesitan de Jesús

Cuando al Señor Jesús le critican que come con publicanos y pecadores; es decir, que tiene amistad con los odiados recaudadores de los impuestos públicos para el Imperio, y con aquellos a quienes los fariseos consideraban “pecadores”, estas personas a quienes los religiosos tildaban de pecadores, en realidad no se trataba de criminales o malhechores notorios de la sociedad, para que fuesen víctimas de tal marginación y juicio; eran sencillamente gente común, cuyo resaltado pecado y a la vista de los religiosos consuetudinarios, consistía en que ellos no cumplían con las minuciosas prescripciones de la ley (y sus añadiduras), que aquellos guías del pueblo se ufanaban de que sí las cumplían. Y en realidad, eso de estar comiendo y no ayunando con la frecuencia y en los días prescritos era incompatible con la religión que profesaban esos fariseos.

Estos pecadores tampoco participaban de lo que los religiosos disponían en materia de contaminación, como lo de no participar en determinados alimentos considerados impuros y de las relaciones con los gentiles, pues ellos consideraban a los gentiles como gente

muy lejos de Dios, tal como los perros.

Entonces, hermanos, se acusó a Jesús de ser amigo de los recaudadores de los tributos romanos y de los pecadores. Con esa actitud, y tomando esa posición, los fariseos daban claras muestras de considerarse justos en su propia opinión; creyendo también que Dios los consideraba verdaderamente justos. En realidad la actitud de los fariseos se muestra aquí en palabras demasiado desdeñosas. La pregunta que ellos formulan en el versículo 11 “¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?” refleja que los fariseos, exaltándose en su propia justicia, desconocían la gracia de Dios. De ahí se entiende la ácida crítica a Jesús por el hecho de ser amigo de aquellas personas que necesitaban de la salvación, y que no se escudaban en ningún parapeto religioso.

Se ve, pues, que los fariseos estaban seguros de que lo sabían todo respecto de Dios; y con esa insidiosa pregunta se puede entrever que ellos pretendían que Dios solamente trata al hombre con base en la justicia, y que el hombre puede justificarse por las obras, y no según la gracia; pues los fariseos y religiosos se consideraban fuertes, sanos, justos y cumplidores de la ley, y así pretendían que los mirara Dios, y los trata en consecuencia.

Por eso el Señor irónicamente les dice que los sanos no necesitan de médico, y que en realidad Él había venido a llamar, no a justos sino a pecadores al arrepentimiento. ¿Por qué les dice eso? ¿Acaso el Señor no sabía que todos somos pecadores? Claro que sí; pero ellos, los fariseos se creían justos porque eran cumplidores de legalismos, de ritualismos, de liturgias y de tradiciones que ellos mismos habían agregado a la Palabra de Dios, y de todas esas cuestiones correspondientes a la religión.

Es importante tener en cuenta que el Señor no vino en calidad de juez; no era el momento; primero era necesario que se predicase la gracia y las buenas nuevas de la salvación. Por esa razón Él vino como médico, como Salvador, a sanar y a salvar a los enfermos, a los pecadores, a aquellos que sí se consideraban a sí mismos como pecadores. Porque la Palabra declara que no hay justo ni aun uno.

Entre la religión y Cristo

Nosotros nos hemos alejado mucho de usar la palabra religión, y a veces declaramos que no tenemos religión, y esto se debe a que hemos entendido que la palabra religión mayormente se aplica a querer servir a Dios pero sin sujetarnos a Cristo. Podríamos decir que eso es religión en términos generales. Pretender servir a Dios sin Cristo. Uso el verbo pretender, porque a Dios no se le puede servir fuera de Cristo. Dios no recibe ningún servicio ni adoración, Dios no recibe nada que no sea a través de su Hijo. Y Él tampoco da nada, no proporciona nada, pues su gracia y sus dones sólo salen de Él a través de su Hijo. Recordemos que Jacob no vio sino una sola escalera en Bet-tel (cfr. Génesis 28:12,13). No hay más que un solo camino para llegar a Dios. Y el camino de la justicia propia está descartado.

Por eso Jesús es quien vino a revelar al Padre. El Verbo de Dios tomó carne para revelar la gloria de Dios, para revelar la gracia de Dios, para revelar Su poder, Su justicia, su existencia; el Verbo de Dios se encarnó para revelar la sabiduría de Dios, Su nombre y Su excelencia, los propósitos de Dios, Su obra, la Persona del Padre. Por eso, quien conoce a Cristo conoce a Dios.

El ayuno religioso

Marcos 2 también lo expone con alguna sutil variación. En el versículo 18 aparece una pregunta formulada por dos corrientes religiosas; una antigua y otra nueva. “¹⁸Y los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunaban; y vinieron, y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan (el Bautista) y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?” Frente a aquel cuestionamiento, el Señor les dice: “¹⁹... ¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar”. Porque de acuerdo con estas palabras del Señor, la motivación del ayuno es como de tristeza. Si el esposo está presente, ¿qué tristeza puede tener la esposa? No hay razón para llenarse de tristeza si está presente el ser amado. Más bien hay

motivo de mucha alegría. Podemos entender entonces que la práctica del ayuno entre los fariseos y los seguidores de Juan el Bautista era un asunto meramente religioso, de corte legalista; era un asunto de añadidura a la ley misma.

Hay una ilustración del Señor al respecto, que encontramos en Lucas 18, con lo de aquel fariseo que va al templo a pavonearse de que él no era pecador, diciendo que él cumplía con las prescripciones y con los rituales y todos los preceptos y exigencias de su religión judaica; y en su alocución dice, entre otras cosas: “ayuno dos veces a la semana”; como diciendo: “Estoy cumpliendo, Dios; eso es mi justicia”. De manera que ese fariseo se enorgullece de que él sí lo hacía; y respecto del ayuno, tú vas al libro de Levítico y encuentras que solamente había en el año un solo día de ayuno, el día de la expiación (cfr. Levítico 16:29). Cuando el Señor aparece en escena, los fariseos ni siquiera ayunaban dos veces al año, y ya con eso le habrían añadido un día de ayuno a la ley; ni siquiera una vez en el mes; es decir, doce veces al año, no; sino que ayunaban dos veces a la semana; tal vez para hacerse más justos delante de Dios. ¿Por qué tus discípulos no ayunan? ¿Por qué se la pasan comiendo?

Sí; llegó el tiempo en la iglesia neotestamentaria en que los discípulos entraban en ayuno (cfr. Hechos 13:2). Hay que tener en cuenta que cuando se sale de una religión, aunque los primeros cristianos no necesariamente eran del corte de dirigentes religiosos con aquellas cargas de legalismos religiosos, sin embargo, algo había de eso; entonces se podría detectar entre los primeros cristianos que algunos podrían tener sus cargas de ayuno. Y de hecho dentro de las toldas de la iglesia se sentían ciertos coletazos de aquello que ellos habían vivido en el mundo religioso. Es más, en el primer concilio, el de Jerusalén (cfr. Hechos 15), se dio entre ellos esas disputas y serias controversias respecto de si debían guardar ciertos aspectos de la ley de Moisés, como aquello de circuncidarse, no comer ciertos animales considerados impuros, etc. ¿Por qué? Porque venían de ese trasfondo religioso.

La iglesia se separa de la sinagoga

Pero realmente al llegar el día de Pentecostés y descender el Espíritu Santo sobre la iglesia que nacía, ese día ocurrió un hecho sin precedentes: el día que nació la Iglesia de Jesucristo se efectuó una clara división entre la sinagoga, la vieja sinagoga judía y la Iglesia de Cristo. Porque era necesario que se hiciera una diferenciación entre el vino nuevo y el viejo, entre el odre viejo y el nuevo. En el contexto de Mateo 9, les dice el Señor a sus críticos religiosos:

“¹⁶Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. ¹⁷Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente”.

En las palabras del Señor vemos revelado el vino viejo del legalismo y de todas sus añadiduras en el odre viejo de la estructura religiosa que ellos tenían. Lo hemos dicho, el vino nuevo es Cristo. El vino nuevo no se puede confundir con una religión nueva. Las religiones aunque sean nuevas, siempre son caducas. Ya podemos ir teniendo una clara idea de que el vino nuevo traído por el Señor no tenía cabida en el odre viejo de los religiosos. De manera que Él sabía que tenía la necesidad de preparar un odre nuevo para su vino nuevo; y vemos que los dueños del odre viejo rechazaban la gracia de quien traía el vino nuevo.

La sinagoga vive en la ley; la iglesia vive en la gracia; la sinagoga se identifica con el odre viejo; la iglesia, con el nuevo. Si el Señor hubiese venido a actuar en calidad de Juez, ninguno de aquellos “justos” religiosos hubiera calificado para el reino. Los fariseos ayunaban dos veces a la semana, pero ese sacrificio no tenía la validez suficiente para justificarlos; y en Mateo 9:13 dice el Señor: “Misericordia quiero y no sacrificio”; y la misericordia se manifiesta en la gracia que el hombre recibe de Dios. Sin la gracia, la manifestación del juicio de Dios, es consumidor.

Las iglesias locales y el vino nuevo

Entonces todos aquellos que realmente recibiesen ese vino iban a ser reconstituidos como el verdadero odre nuevo que el Señor necesitaba, e iban a ser los nuevos ciudadanos celestiales, con los cuales Él pudiera establecer Su reino celestial en esta tierra ahora corrupta.

La palabra griega que se traduce nuevo (para el vino), significa nuevo con respecto al tiempo, es decir, reciente, recién adquirido. Aquí el vino nuevo representa a Cristo como la vida nueva. Cristo es la vida que nos llena de vigor; es la vida que nos entusiasma a que la disfrutemos; es la vida que nos llena de juventud.

Los odres viejos representan las prácticas religiosas; y una de esas prácticas religiosas era el ayuno que guardaban los fariseos, y que hoy suelen hacer hincapié los religiosos consuetudinarios. Todas las religiones son odres viejos; de manera que el vino nuevo echado en odres viejos revienta los odres con el poder de la fermentación; y eso sería lo mismo que poner a Cristo en cualquier clase de religión.

Los odres nuevos, pues, son nuevos en cuanto a naturaleza, no a religión; son nuevos en cuanto a calidad o forma; son nuevos porque no han sido estrenados; son frescos. Los odres nuevos representan la vida de la iglesia en las iglesias locales neotestamentarias. Ellas sirven de recipiente del vino nuevo, que es Cristo mismo. Otra connotación no encaja en la vida de la iglesia del Señor. Estas iglesias están compuestas por todos los regenerados, que son los que constituyen el Cuerpo de Cristo.

La Palabra de Dios insiste en que nos despojemos del hombre viejo y nos vistamos del hombre nuevo. El hombre adámico se opone a lo de Dios. Lo añejo es lo viejo, la religión. Los que gustan de su religión, desechan al vino nuevo.

Es verdad que en lo material el vino añejo es el mejor, pero no así en Cristo. En la esfera espiritual lo viejo es lo adámico, lo viciado, lo del hombre terrenal; pero lo nuevo es lo de Cristo, el hombre celestial. El Cristo individual es el vino nuevo, la vida interior del creyente; y el

Cristo corporativo es el odre nuevo (1 Co. 12:12; Efesios 3:18,19); es el recipiente que contiene el vino nuevo.

Cristo no vino a establecer una religión llena de rituales, sino a establecer un reino celestial, de vida. Todo es nuevo, y ese reino jamás envejece, y mucho menos el Señor. El Señor no quiere levantar una iglesia llena de arrugas (símbolo de la vejez), sino una iglesia gloriosa, lozana, joven, llena de su vida.

Cristo no está estableciendo un reino a base de prácticas religiosas (por ej. ayunos reglamentarios, ritos externos), muertas en sí mismas, sino consigo mismo. El Señor viviente en su templo vivo.

Conversión del agua en vino

El capítulo 2 del evangelio de Juan narra lo de unas bodas en Caná de Galilea a la cual fue invitada la madre del Señor Jesús; también fueron invitados el Señor Jesús y sus amigos, los discípulos. Tal vez el Señor y su madre eran parientes de los desposados. Dice que al avanzar las horas, en el festejó faltó el vino. Ante aquella eventualidad, la madre del Señor le llevó a Él la inquietud, a fin de que Él hiciera algo al respecto. Y no es ninguna coincidencia de que allí ocurriera el primer milagro del Señor; el principio de señales, como dice aquí la Palabra. Y se trataba de la primera señal dirigida a sus discípulos. Dice el evangelio que estaban allí seis tinajas de piedra para agua. Tiene mucho significado que su número fuese el 6 (número de hombre), y que fuesen tinajas de piedra; ya no eran de barro. "Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual" (1 Pe. 2:5). He ahí el odre, la casa espiritual de Dios. Dejemos que la Palabra lo diga:

"⁶Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. ⁷Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. ⁸Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. ⁹Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvien-

tes que habían sacado el agua, llamó al esposo, ¹⁹y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora" (Juan 2:6-10).

Hermanos, el buen vino llegó cuando hubo la sazón, y el tiempo y la sazón de Dios; hasta entonces hizo su aparición el buen vino. Tengamos muy en cuenta que el Señor Jesús en particular es el vino nuevo y bueno. No se nos debe olvidar. La gente suele estar muy dada a preguntarnos: "¿Y tú a qué religión perteneces?" Bueno ahí tenemos las bodas de Caná, donde se nos revela que somos vasijas de piedra para contener al vino nuevo. Ninguna religión puede contener al Señor, pues el Señor hace que las religiones se revienten. Todas las religiones están destinadas a desaparecer.

El odre nuevo en el reino

Pero dentro de las religiones cristianas puede haber personas que sean convertidas en odres nuevos en la vida de la Iglesia. No todos los fariseos y dirigentes religiosos, de esos que pertenecían al Sanedrín, incluso muy cercanos al sumo sacerdote, no todos seguramente eran tan aferrados a su religión y a sus tradiciones. En el capítulo 3 del evangelio de Juan tenemos el caso de uno de ellos, pero que también estaba recibiendo un poquito de luz del cielo. Nicodemo estaba inquieto, y esa inquietud provenía de Dios. Nicodemo era maestro en los círculos de su religión, pero seguramente estaba empezando a ver que en su religión algo faltaba. Y dice el contexto que Nicodemo fue una noche a visitar al Señor, y al llegar le dijo: "²Rabí, sabemos (es muy significativo que use el verbo en plural, sabemos; puede que en el Sanedrín varios tuviesen esa misma opinión) que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él". Vemos que él tenía un poco de luz. ¿Y qué le dice el Señor? El Señor fue al grano inmediatamente, y le dice: "³De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Eso significa que para ver el reino de Dios tiene que ser odre nuevo; no

un odre que siga siendo parte de una religión estructurada, sino una odre de hechura nueva, con nacimiento espiritual; como se lo manifiesta luego. "⁵De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios".

De manera, pues, que existe una clara diferencia entre la religión vieja, antigua, y el reino. Jesús vino a traer el reino. Ese es el mensaje central. "El reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 10:7). Todavía el rey no había pasado por la cruz, no había entregado su vida, no había sido sepultado, no había resucitado, no había sido glorificado, aún no había enviado su Espíritu a fin de que aplicase su obra de salvación en los que creyesen en Él. El reino de los cielos se había acercado. Pero cuando todo eso fue ejecutado, empieza el reino a hacerse sentir en la tierra a través de aquellos que habían creído, y a través de todos los que hemos creído en el curso del tiempo.

Ni en esta religión ni en aquella

El encuentro mismo con la mujer samaritana (cfr. Juan 4) es una ilustración de una clara revelación sobre esto. Ella era una mujer religiosa, a pesar de que vivía una vida furtiva de constantes adulterios; sin embargo, tenía sus inquietudes religiosas. Y en el encuentro que tiene con el Señor Jesús en el pozo de Jacob, cerca de Siquem, al ver que el Señor le descubre su vida íntima, llega un momento en que le pregunta la samaritana que le aclarara si había que adorar a Dios mediante la religión ancestral de los samaritanos, o necesariamente debían ir al templo de Jerusalén y cumplir con el ritual del judaísmo. En la Palabra ella dice textualmente: "²⁰Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar"; es decir, ¿es aquí en el monte Gerizim o allá en Jerusalén? Todo eso hacía parte de aquel odre viejo. A lo cual el Señor le contesta, aclarándole: "²¹Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre"; es decir, a Dios no se le puede adorar ni por medio de tu religión samaritana ni a través de la religión de los judíos. ¿Por qué?

Porque Dios es Espíritu. Y lo explica a continuación: “²³Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. ²⁴Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”.

Solamente se llega a adorar a Dios en espíritu y en verdad cuando la vida de Cristo se hace una realidad en nosotros; es decir, cuando el vino nuevo viene a llenar el verdadero odre nuevo; no por medio de la religión, no en el odre viejo. En ese odre viejo rechazaron al vino nuevo. El odre viejo tergiversa las verdades reveladas.

Recuerdo que el primer libro que tuve la oportunidad de leer cuando empecé a conocer el proceso de la restauración de la iglesia, fue “La Iglesia Normal” de Watchman Nee, donde el autor trata precisamente del odre; y en el prólogo se explica que él no quería que este libro se tradujera al inglés y se publicara en Occidente, a pesar de que un número considerable de misioneros occidentales pedía una edición en inglés. ¿Por qué su renuencia a complacerlos? Sencillamente porque él sospechaba que fuese mal interpretado y usado y aplicado erradamente dentro de un caduco sistema religioso que no tuviese el espíritu de la palabra dada a él para que enseñara acerca de lo que es la iglesia normal bíblica.

En la historia, la iglesia también llegó a mezclarse con el odre viejo, y hubo un matrimonio cerrado e íntimo, una amalgama de la Iglesia de Cristo con el Estado idolátrico, de tal manera que, de tal unión, surgió una cristiandad sincretista oficializada llegando a ser el odre viejo del cristianismo. Su manifestación más paradigmática fue el papado romano, el cual se olvidó de la obra redentora de Cristo en la cruz y de la Palabra de Dios, llegando incluso a la corrupción de negociar con la salvación de los hombres. Por eso el Señor decidió empezar la restauración de aquel odre nuevo y bíblico.

El vino nuevo en el odre nuevo

Por eso es que el odre nuevo no puede confundirse con estructu-

ras religiosas, pues el odre nuevo es el cuerpo de Cristo. É individualmente es el vino nuevo, pero su cuerpo es el odre. “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo” (1 Co. 12:12). Noten que no dice: así también la iglesia, sino “así también Cristo”, porque nosotros somos el cuerpo de Cristo; porque la iglesia, siendo su cuerpo, también es morada del Señor, y es el odre que lo contiene.

En la historia, la iglesia llegó a ser parte de aquel viejo odre del judaísmo mezclado con las idolatrías babilónicas, y volvió a los legalismos, y volvió a reunirse en los templos construidos por manos humanas, y volvió a hacer división entre los hermanos adoptando una casta clerical enfrentada a la masa laical. Y se consolidó dentro del cristianismo una clase dominante y otra dominada. Se erigió una élite de prelados, y esa élite se hizo poderosa, rica y aristocrática.

Pero lo peor es que ese espíritu de esa élite clerical pasó por los linderos de la Reforma de comienzos del siglo XVI, y la cristiandad reformada prosiguió con las prácticas y las doctrinas eclesiásticas corruptas por muchos siglos; y hoy nosotros lo podemos contemplar; y el Señor aborrece esa situación. Por esa razón el Señor no descansa en su obra hasta restaurar el verdadero odre en estos días, la verdadera vida de la iglesia, la verdadera vida del cuerpo de Cristo, la verdadera vida de Cristo en su iglesia; el Señor está obrando en la restauración de la comunión del cuerpo, la restauración del verdadero gobierno dentro de la práctica de un organismo vivo, que es la iglesia.

Y eso se puede ver con nuestros ojos y escucharse con nuestros oídos físicos, percibirse con nuestros sentidos dentro del marco de la iglesia local bíblica. Lo puedes constatar en las diferentes localidades de Bogotá Distrito Capital, en Villavicencio, en Palmira y en cada localidad donde el Señor está edificando su candelero local. ¿Dónde puedo yo ver manifestado el odre nuevo, la vida del cuerpo de Cristo? Busca la iglesia local, la restauración de la iglesia neotestamentaria.

El cuerpo de Cristo es un organismo vivo

En los tiempos modernos ya estamos viviendo la restauración de la iglesia local, donde todos somos iguales, donde no hay casta clerical, donde todos somos sacerdotes, donde todos somos hermanos, donde todos somos de la familia de Dios, donde no hay privilegiados, donde todos somos siervos, donde todos tenemos algo que hacer, no solamente un grupito. Nosotros somos miembros de un cuerpo vivo donde todos tenemos nuestra propia participación en las bendiciones y en la gracia del Señor, y en las responsabilidades también.

Hermano, es posible que en tu corazón todavía haya rezagos de las costumbres del cristianismo institucional, y hasta puedes pensar que sobre tus hombros no pesa ninguna responsabilidad dentro del cuerpo; pero ya es hora de que vayas sabiendo que tú tienes una función que desarrollar y un servicio que prestar dentro de la vida del cuerpo de Cristo. Si los órganos del cuerpo de Cristo no tuvieran sus funciones, el cuerpo del Señor sería semejante a un fenómeno; pero el cuerpo de Cristo es un organismo vivo donde todos, la mínima célula, tienen una función vital dentro del cuerpo del Señor, que es la iglesia. Por esa razón la Palabra por el Espíritu revela que ese es el odre nuevo para contener el vino nuevo.

De manera que el Señor es nuestra vida. Dice el Señor Jesús: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). Nadie va al Padre porque simplemente ayune; nadie va al Padre porque traiga cumplidamente los diezmos de todas sus ganancias, ni porque obre en tal o cual dirección, o porque cumpla leyes y legalismos y liturgias y preceptos y demás tradiciones externas de su religión.

Incluso, cuando nosotros participamos de algo bíblico como las ordenanzas del Señor de partir el pan y el bautismo, es necesario que no veamos simplemente el pan y el vino; veamos la realidad espiritual que está detrás de esas especies. En el bautismo, detrás del sumergirnos en las aguas hay una realidad espiritual que de pronto nuestra mente no es capaz de captar con suficiente capaci-

dad y luz. En aquel día lo comprenderemos en su plenitud. En nuestra cotidianidad, aunque no estemos participando de la Cena del Señor, en lo espiritual nos estamos alimentando de la carne y de la sangre del Señor, que ha hecho morada dentro de nosotros. Él mismo nos lo dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:54). Eso quiere el Señor.

No importa que los religiosos nos miren mal. Nosotros estábamos gravemente enfermos, y vino el Señor a sanarnos; éramos esclavos, y vino el Señor a rescatarnos, pagando un alto precio para hacerlos libres de las cadenas; vivíamos en la oscuridad, y vino el Señor a iluminar nuestras vidas con su luz; vivíamos en la mentira, y vino el Señor a revelarnos su verdad; en nuestra ceguera no sabíamos por dónde caminar, y vino el Señor a declararnos que Él es el único y legítimo camino. Ven, camina conmigo. Él vino a aliviarnos de todas las cargas religiosas y supersticiosas. Cristo vino a cambiar el panorama de nuestra existencia, a trastocar los perversos planes de nuestros corazón.

Prácticas religiosas con olor a judaísmo

Sí, aún hoy existe el judaísmo, pero el judaísmo para nosotros de pronto nos pareciera muy lejano; pero el caso es que muy cerca de nosotros vemos prácticas del judaísmo dentro del cristianismo; dentro de esas facciones de la cristiandad hay veladas prácticas de judaísmo; y aun dentro de nosotros sentimos ciertos coletazos y nostalgias de esas costumbres. Yo mismo, siendo ya cristiano seguía festejando la navidad decembrina, cantando villancicos y armando los pesebres y los árboles de navidad. Pero seguido el tiempo, el Señor en su misericordia me fue revelando que no debo guardar los días de fiestas, y mucho menos cuando ya sé que el Señor no nació en la fecha en que el mundo lo festeja. Pablo reprende a los gálatas diciéndoles que, después de haber comenzado bien, están volviendo al cumplimiento de la ley, a esclavizarse en los rudimentos del odre viejo. Y les dice: ¹⁰“Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. ¹¹Me temo de vosotros, que haya trabajado en

vano con vosotros" (Gá. 4:10,11).

Dice el apóstol Pablo en Colosenses 2:16-17: "16Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, 17todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo". Hermano, si tú quieres ayunar, hazlo; pero lo importante es que eso salga de lo más íntimo de tu corazón; que tu espíritu te guíe por el Espíritu, no un cumplimiento legalista, sino un verdadero acto de adoración al Señor que salga de lo profundo de tu ser; porque el Señor en nosotros hace lo contrario de la religión. El Señor trabaja y se mueve desde adentro, desde donde Él está morando en el creyente, y va haciendo su obra santificadora comenzando por el espíritu hacia el alma, y del alma hacia el cuerpo.

En cambio la religión, de por sí saturada de apariencias, siempre pretende comenzar por lo exterior, y armar una apariencia de piedad. Los religiosos tienden a vestir a las personas de religiosos, a la manera en que suelen vestir a las novicias; claro que esto es un ejemplo, pues el vestido religioso no tiene que ver con las vestimentas, sino con la postura fingida de una piedad aparente. En la religión se comienza por lo exterior; pero ese proceder carece de la virtud santificadora de un corazón corrompido por el pecado. Sólo la ley del Espíritu de Cristo que mora en el creyente, puede contrarrestar esa poderosa corrupción que esclaviza al hombre, y transformar a la persona.

Por eso nosotros ahora no tenemos cargas y obligaciones de tipo religioso. Por ejemplo, ya hemos sido aliviados del yugo de los días festivos. Tenemos el caso del año nuevo; nosotros sabemos por la Palabra de Dios que el año nuevo no comienza el primer día de enero. El Señor lo dice, y el Señor es verdadero. El Señor no revela nada por jugar con nosotros. El año nuevo comienza al iniciarse la primavera en el hemisferio norte. Dando, incluso, por hecho de que el año nuevo comienza el primer día de la primavera, digamos el 22 de marzo, aun así nosotros no tenemos ningún compromiso de festejarlo. Entonces, todas esas fiestas, navidad, semana santa, año nuevo y demás, son

para nosotros sombras de lo verdadero.

Hermano, nuestro año nuevo es Cristo; nuestro reposo es Cristo; nuestro nuevo nacimiento es Cristo; Él es nuestra luna nueva; Él es nuestro sol, Él es nuestra vida. Con Él caminamos. ¿Cuántos años nuevos nos hacen falta? Los que el Señor nos quiera agregar en nuestro peregrinar en esta tierra. Contentémonos con Él; alegrémonos con Él, y embriaguémonos de su Espíritu que mora en nosotros. El Espíritu de Cristo mora en nosotros. Cristo es el verdadero y mejor vino. Él es el vino nuevo que ha venido a llenar el odre nuevo que Él mismo está formando.

Transformaciones íntimas

Cuando nosotros nos aplicamos a leer con mucha atención la Palabra de Dios, su Palabra revelada; si la leyéramos en oración, con cariño, y nos detuviéramos a meditar en cada frase, rogándole que su Santo Espíritu nos ilumine su íntimo contenido, cuántas cosas en nuestra vida cambiarían. Experimentaríamos cada día en nuestras vidas una verdadera revolución espiritual, y nos iríamos despojando de todo vestigio religioso, de toda herencia supersticiosa y religiosa ancestral que a lo mejor nos pueda picar el bichito de la nostalgia en nuestro corazón. Muchos esquemas religiosos son atrayentes y engañosos.

Nuestras reuniones como iglesia

Pero las cosas de Dios no son artificiales, sino del Espíritu; como el Espíritu nos vaya guiando. Sin embargo, si nos descuidamos, podemos caer fácilmente en la rutina religiosa en nuestras reuniones. Nuestras reuniones como iglesia necesitan la dinámica del Espíritu. Es necesario que estemos continuamente orando por nuestras reuniones, en especial por la reunión dominical. Desde el principio la iglesia se viene reuniendo cada primer día de la semana; pero hay que estar orando por esta reunión para que la reunión dominical no se nos estereotipe, no se nos convierta en una misa, en una rutina

vacía. Es necesario que en cada una de nuestras reuniones como iglesia se experimente la vida y comunión del cuerpo de Cristo, que cada uno de los hermanos tenga su participación activa y espiritual, que cada uno lleve algo para alimentar, como lo dice el apóstol Pablo en 1Corintios 14:26: “¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación”.

En la iglesia todos tenemos algo que dar por el Espíritu; todos tenemos algo que aportar en esta obra de la edificación de la casa de Dios. No solamente ir a las reuniones dispuestos sólo a recibir, a ver cómo me gozo. Ni mucho menos ir con la idea de sentarnos a cumplir con un compromiso de tipo religioso, un tiempo ritual; o ir pensando que siempre ocurre lo mismo; que vamos a ver el cumplimiento de un mismo libreto escénico.

Dejemos, pues, que el Espíritu se mueva entre nosotros como Él quiera y haga como Él lo prefiera entre nosotros, y con cada uno de nosotros en nuestra intimidad. Estemos siempre en la tónica de presentarnos delante del Señor, diciéndole: Señor, este cuerpo es tuyo; este es tu odre nuevo que tú has venido a llenar de tu vino nuevo; has de nosotros como tú quieras; revoluciona nuestras vidas. Y pedirle al Señor que active en nosotros una gran hambre de Él, de que nos libere de lo rutinario. Yo particularmente pienso que ya hay entre nosotros esa hambre de que el Señor nos lleve a hacer cada día algo inesperado para nosotros; porque Dios es grande, Dios es inmenso, infinitamente sabio; y Él sabe perfectamente qué es lo que quiere de nosotros.

Olvidemos, pues, todo esquema, y dejémonos llevar por el Señor. Presentar al Señor la reunión dominical. Señor, ¿qué tienes para nosotros cuando nos reunimos contigo como iglesia? ¿Qué va a suceder allí? ¿Qué me das a mí para llevar como alimento para mis hermanos? Vengamos con esa expectativa. Pero hay que estar orando y poniéndonos a su disposición; colocando en las manos del Señor nuestro corazón; rogándole que nos quite todo temor ante cualquier cambio. Es que nosotros a veces nos volvemos muy

conservadores, y nos aterra salir de la rutina; y queremos cantar las canciones que nos gusta, sin ponernos a pensar que de pronto no le agrade al Señor para ese momento.

El gozo del Señor es nuestro gozo

Lo importante es que el Señor se agrade, y se mueva entre nosotros sin dificultad, sin oposición; y en la medida en que se agrade el Señor, nosotros también nos agradamos. Entonces Él llena nuestras vidas, llena nuestra mente, nuestro corazón y todas las fibras de nuestro ser de su gozo; y se manifiesta Él dentro de nosotros con un gozo indescriptible. ¿Qué está sucediendo aquí? Que el Señor está gozoso, está agrado en medio de su pueblo; que no le estamos poniendo ninguna cortapisa al Señor. Porque somos su casa, su casa viva; y Él quiere hacer de su casa conforme su voluntad. Él quiere limpiar su casa, santificarla y moverse libremente en ella. El Señor no quiere que su mover sea estorbado por nuestras costumbres religiosas; al contrario, nosotros debemos decirle continuamente al Señor que se mueva libremente por su casa, que la ocupe toda, que quite toda suciedad de nuestras vidas; que haga de todo nuestro ser una propiedad privada de Él; que borre de nosotros todo lo que nos esté amarrando a un pasado. Y cuando eso ocurre, como que hay cosas de nuestra vida pasada que ya ni siquiera nos quisiéramos acordar.

Es necesario que estemos deseando continuamente que Dios viva su vida santa y libre en nosotros. Pensemos que hay mucho que hacer. El Señor tiene muchas cosas que hacer en nosotros y con nosotros todavía en el tiempo que nos resta en esta vida terrenal. Eso es una realidad, gracias al Señor.

Por ejemplo, ahora tenemos la expectativa de dos campamentos en Colombia: el de jóvenes en abril, y el general en junio; pero, ¿a qué vamos al campamento? Vamos a reunirnos con el Señor. Eso debe ser una delicia; no necesariamente para que nuestra carne se goce en cuanto came, sino para que se goce el Señor; para que en realidad tengamos allí un encuentro de gozo, un encuentro delicioso

con el Señor; un encuentro donde nosotros vivamos un verdadero ágape; un encuentro donde experimentemos que vivimos con el Señor en los lugares celestiales, como dice el Señor en la Palabra; que sea una experiencia viva; una experiencia de vida eterna.

No busquemos otra cosa. Si el Señor no se goza con nosotros, nuestro gozo no es verdadero; sería pura artificialidad. Como dice el Salmo, cuando el Señor se goza, eso nos fortalece a nosotros. Busquemos que Él libremente haga de nosotros lo que Él quiera hacer por su buena voluntad.

Hermanos, eso es lo que el Señor puso en mi corazón para compartir con ustedes en esta noche.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.